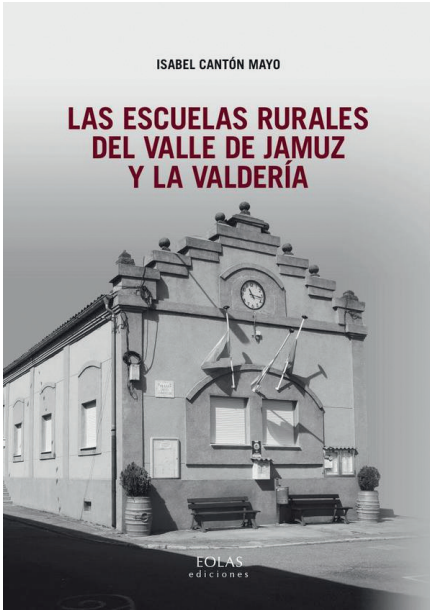




Cantón Mayo, I.

# *Las escuelas rurales del Valle de Jamuz y la Valdería*

León: Eolas, 2024



Aparece en el panorama editorial este libro cuya ciencia se remonta al estudio de los orígenes y avatares físicos de las escuelas rurales de dos comarcas del sur leonés: el valle de Jamuz y la Valdería. Su autora es la Dra. Isabel Cantón Mayo, catedrática emérita de la Universidad de León con trayectoria brillante en el área de Didáctica y Organización Escolar y vocación humanista por la mejora generalizada de las condiciones de calidad de la enseñanza y el aprendizaje, así como por su transferencia al mundo profesional en todas las etapas educativas.

Aquí avanza en el propósito reivindicativo de las escuelas rurales leonesas que ya iniciara en dos monografías anteriores referidas a las comarcas de la Maragatería (2018) y La Cepeda (2016) igualmente publicadas en EOLAS ediciones; por lo que eleva ahora a trilogía su contribución perseverante al conocimiento del legado patrimonial de estos “lugares de la memoria”, cubriendo así su nicho de investigación en el territorio leonés con un trabajo pionero y extremadamente minucioso que sirve como ejemplo de excelencia epistémica para investigaciones venideras sobre el tema en otras provincias.

La honestidad intelectual que caracteriza a la Dra. Cantón se evi-

dencia en su voluntad fehaciente de mostrar al lector la realidad de los casos que indaga. Por ello, se ha esmerado en efectuar un proceso muy complejo de análisis documental en los archivos de los servicios de Inspección de la Dirección Provincial de Educación y de los ayuntamientos municipales a los que corresponden las numerosas escuelas rurales revisadas en este nuevo volumen. En coherencia, su índice estructura los capítulos por comarcas, sus secciones por municipios y sus epígrafes por las localidades que dan nombre a las escuelas, lo cual agiliza el seguimiento individualizado y comparativo de las escuelas investigadas. Quien lea descubrirá que, en su contexto específico, uno tras otro, los casos tratados van deconstruyendo el tópico del “locus amoenus” que propaga una imagen idílica falsa de aquellos lugares, para descubrir la verdad en la crudeza de las pruebas documentales durante más de un siglo: escuelas insalubres, provisionales y dispersas, con escasez de plazas y recursos y el gran problema del analfabetismo imperante. En este sentido, también proliferan en sus páginas descripciones y fotografías testimoniales rescatadas de fuentes directas.

En el capítulo introductorio sobre el contexto de sus orígenes, la Dra. Cantón discierne entre los modelos comunal y estatal, deduciendo del primero las iniciativas escolares más pobres y democráticas, hasta el punto de alquilar maestros catapotes para escuelas eventuales, con casa y comida vecinal y transportes en mula. Igualmente, argumenta la labor encomiable de la Institución Libre de Enseñanza y sus Misiones Pedagógicas, así como de la oficina de Construcciones Escolares del Ministerio de Educación antes de la Guerra Civil para otorgar dignidad a su edificación en medios rurales por reputados arquitectos, aunque después, en la época franquista, sus edificios-colmena padecieran la precariedad de profesorado y materiales.

Los capítulos centrales hacen inventario de escuelas por ayuntamientos. Así tenemos para la Comarca de Jamuz cuatro ayuntamientos: Alija del Infantado, Quintana del Marco, Quintana y Congosto y Santa Elena de Jamuz. En el Valle del Eria los Ayuntamientos son Castrocontrigo, Castroalbón y San Esteban de Nogales. En total abarcan 25 localidades, teniendo en cuenta que la mayoría de ellas tienen dos y alguna hasta tres edificios escolares.

Las primeras escuelas del siglo XX provienen del impulso de los vecinos de cada pueblo que, por hacenderas y turnos, levantan un humilde

edificio de planta baja, con cubierta a dos aguas y una o dos aulas para albergar a un nutrido grupo de escolares del lugar. Llama la atención el caso de Jiménez, donde, para construir la Escuela de 1929, tienen que arrendar pastos, prescindir de guardas, o avanzar las rentas que cobraban por las tierras comunales. Pero, ya en los años treinta, la intervención de la Administración Educativa convocó ayudas para construir escuelas bajo la dirección del arquitecto Antonio Flórez. Y con la promulgación de la Ley de Construcciones Escolares (1953) que subvencionaba la mitad de los costes de la edificación escolar, la mayoría de los pueblos se beneficiaron levantando nuevos edificios como Quintana, Alija, Herberos, Pinilla, etc. o bien para modificarlos rotundamente, como es el caso de Castrocalbón

El espacio temporal de los edificios de Jamuz y la Valdería es el mismo que abarca la implantación de la Escuela Pública en España: desde el Informe Quintana de 1813 pasando por la Ley Moyano de 1857, hasta los años veinte del siglo XXI. En todo caso, la referencia de la escuela más antigua nos la proporciona Nogarejas (foto de la portada del libro) donde ya en 1661 Domingo Álvarez figura como maestro de este pueblo. La más moderna, y desgraciadamente ya cerrada, es la de Quintana del Marco de los años noventa, modelo de Escuela Chalet (así la llaman los vecinos). Por la decadencia de los pueblos y la ausencia infantil, no se han construido escuelas nuevas en la zona después del año 2000.

La ingente documentación multimodal que ilustra todo el estudio despierta la curiosidad que enhebra el texto científico a mapas, croquis, planos, tablas y fotos escolares donde desfilan imágenes antiguas de las primeras escuelas -casi chozas tipo colmena- mejoradas en escuelas nuevas (tipo fábrica o tipo chalé), o de su cierre, demolición y reconversión en bares, consultorios médicos, y domicilios particulares, entre otros fines, con grupos de estudiantes y libros escolares separados por sexos -como los famosos Cuentos de Calleja, memorias de calidades arquitectónicas, y numerosas similitudes etnográficas de sus enseres con los de las escuelas francesas de la época -como puede apreciarse contrastando objetos de los museos especializados de Castrocalbón y Carcassonne-. Su engarce expresivo no es solo descriptivo, sino, a la vez, expositivo, reconstructivo e interpretativo de hechos con hipótesis a partir de pistas evidentes. Al igual que el texto escrito, tienen un fin claro: reivindicar la

memoria y la pervivencia de las escuelas rurales, hoy en peligro de extinción.

La autora identifica el género de su obra con la sobriedad del catálogo, pero la prosa esmerada, certera y sensitiva de sus páginas también recuerda, en no pocas ocasiones, a la plasticidad de las estampas azorinianas porque despierta en la imaginación lectora la capacidad de reconstruir la escena humana de cada una de aquellas escuelas rescatándolas con afecto crítico de la maraña del olvido. Diríase que Isabel Cantón da voz a la historia de vida de aquellos edificios mudos, a su caja negra del vuelo que emprendieron entre sus paredes docentes y escolares hoy sacados del anonimato. La calidez emocionante de este libro va formándose como un puzle cuyas piezas desbaratadas, vueltas a su lugar, restituyen dignidad a la intrahistoria de tales lugares imprescindibles por su necesidad pero abandonados por su humildad. Y de esta conciencia viva nace el alegato en numerosas frases hermosas que pueblan el libro, como “la escuela es la casa de la infancia” (p. 15).

En conjunto, su obra es el retrato multifacético, a la vez real, sensible y crítico, de una historia silenciada que, además de informar vezrazmente, logra conmover al lector en la conciencia aquilatada de la importancia global que alberga este libro de título local. Tales escuelas concretas que hoy desaparecen en la España vaciada son sinécdoque de un cuerpo mucho más grande con cuyo legado heroico estamos en deuda. Además, recordarlas y sacarlas de la ruina no es un acto de melancolía decadente sino de estrategia inteligente hacia el futuro, porque la evocación científica de la Dra. Cantón recuerda a menudo al “alma dormida” de quienes deambulamos por el siglo XXI que, si hoy -en el marco de los ODS- recobramos las fortalezas de aquellas escuelas rurales, aprovecharemos oportunidades para mejorar ecológicamente el entorno y la prosperidad de sus habitantes. Todo ello empieza por leer libros valiosos como este que lucha con tesón contra los cascotes de la ignorancia.

Las escuelas rurales del Valle de Jamuz y la Valdería no solo sirve a intereses de expertos en patrimonio de la organización escolar, o de cualquier persona, docente o discente, con inquietud por saber cómo fueron y qué ha sido de las escuelas de aquellos pueblos leoneses que ponen rostro común a las de otros tantos pueblos austeros de España, sino que también, gracias a la lúcida perspectiva de su autora, importa a quienes emprenden retos interdisciplinares para revitalizarlas a sabien-

das de la importancia de las escuelas para fomentar la sostenibilidad social y ambiental, porque este libro tiene la virtud de que, con su lectura, se aprende a estimar la escuela en lo que vale tomando conciencia cierta de que dentro de aquellos pobres edificios para la infancia se construyeron otros edificios invisibles que nos acompañan a todas partes: los de nuestra inteligencia.

MARÍA TERESA CARO VALVERDE  
maytecar@um.es  
Universidad de Murcia

